

José Rodríguez Vázquez. **El sueño que no cesa: la nación deseada en el debate intelectual puertorriqueño**. Ediciones Callejón: San Juan, 2004.

Luis González
Departamento de Humanidades
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Según nos dice Pablo Neruda en sus memorias “las palabras son todo”, y Foucault en *La arqueología del saber*, a la obra que se desprende de su autor la llama “monumento”. Presentar este libro, convertido ya en monumento, representa para este servidor un gran placer. Aunque la frase suene trillada, no lo es, porque para muchos dejó de ser un sueño, y una agonía. Jugando con el título del libro durante mucho tiempo, el autor nos mantuvo expectantes, destilando, cual adicto, una euforia interminable, causada por el éxtasis que reiteradamente le producía el gesto de mostrarnos los dos o tres libros acabados de recibir de Amazon, para que comprendiéramos, que hasta que no los leyera todos, el libro no saldría a imprenta. Por ello es un placer, pues significa que lo hemos vencido.

Ya que comencé con una intimidad del libro, quiero continuar por ese camino, sin que esto signifique una traición al autor y mucho menos al amigo. Lo que sucede es que en la dedicatoria a nuestro ejemplar, el distinguido autor, trae a nuestra atención, no sé cuántas millas, de diálogo y de trote, en las que se han revelado lo dicho y lo escondido. Precisamente, sobre lo escondido quiero hablar.

El sueño que no cesa... es el resultado de un estudio muy detallado, documentado y monumental, si pensamos en todo lo que se quedó en el camino, porque de no haber sido por muchas recomendaciones y exigencias, estaríamos frente a una obra que hubiera sido la envidia del mismo Diderot. Está concebido con un gran “rigor académico y meticulosa reflexión”, según afirma en el prólogo su maestro, Pablo García

Rodríguez. Nos constan de primera mano las horas, los días, los años invertidos en los innumerables borradores, que como un loco desenfrenado, con sólo dos dedos sobre el teclado, el colega producía en busca de esa definitiva versión que nunca llegaba, mientras recreaba verbalmente el texto en medio de quién sabe cuántas tertulias académicas y deportivas, con “high ball”, a menudo, incluido.

Comencemos nuestro análisis. Coincido plenamente con la valoración que el Profesor Juan Mercado Nieves hace de la introducción. Según Mercado es una de esas introducciones tan bien elaboradas, que a ciertos lectores puede invitarlos a no leer lo que sigue, pues la profundidad y la rigurosidad teórica no están reñidas con la claridad y la sencillez de una exposición sintética que resume la modernidad. Precisamente, es en esa introducción que quisiera concentrarme.

Veamos. El propósito del autor queda explícito en la primera oración, cuando Rodríguez nos ubica en la trama de los procesos políticos que conformaron la “modernidad” y cómo ésta contribuyó a “la formación de nuevos principios organizadores de la práctica política”. En este sentido se destaca la formación del estado-nación, como la creación por excelencia de la modernidad, y la vinculación de éste con la burguesía, que en su fase revolucionaria, convirtió al pueblo-nación en el centro de la “resistencia y la movilización contra el orden existente” (p 19). El campo de estudio será, por lo tanto, la historia política occidental, desde la perspectiva del discurso que, a partir de las revoluciones del siglo XVIII, se esparció como pólvora (y en muchos casos, con pólvora) por Europa y América durante el siglo siguiente, el siglo XIX. Este discurso ha estado ligado a las tradiciones del liberalismo (político y económico) y al romanticismo. Estos temas también están ligados a un amplio debate sobre los conceptos

de cultura y de civilización greco latina como representativas de la “espiritualidad” en oposición a una cultura anglosajona, “materialista”. En este proceso, según se fue consolidando el estado-nación, se engendraron los fenómenos del imperialismo y su antípoda, el colonialismo, productos del desarrollo económico y político del sistema capitalista.

Como corolario lógico, el autor se traslada entonces al tema del nacionalismo, que fue manejado en dos direcciones; como poder y como resistencia. Este concepto ha sido utilizado desde los dos polos antagónicos surgidos de esa relación política, como señala Rodríguez, tanto hacia el interior como al exterior; desde el interior para dotarle de cohesión y legitimidad al poder estatal; desde el exterior para justificar el expansionismo, y la explotación del “otro”. Paradójicamente, en las zonas subyugadas o “subalternas”, el propio discurso nacionalista funcionó como “utopía” para el colonizado que creía posible realizar su liberación, como parte de un “proceso de emancipación universal” (p20). Estas sociedades, las subalternas, incorporaron los principios de libertad, igualdad y fraternidad, como ideales realizables. “La libertad, fundamentó el derecho de cada pueblo a luchar por su liberación del yugo extranjero y fue pensada como una cuestión social individual. La igualdad, cuestionó la opresión, elevó la autoestima del colonizado y fundó su identidad integradora. La fraternidad, afirmó la posibilidad histórica de un diálogo entre pueblos libres e iguales que se respetaban mutuamente” (p20). Rodríguez sostiene que según este discurso se fue consolidando como uno de los conceptos principales de la modernidad, fue necesario estudiarlo y explicarlo, de ahí que las corrientes intelectuales modernas del marxismo y el liberalismo, lo tomaran como objeto de reflexión y como problemática de la práctica política. La

teoría marxista lo consideró inicialmente como ideología burguesa - como falsa conciencia – que justificaba la formación del Estado burgués. No obstante, a partir de las dos últimas décadas del siglo XIX, los pensadores marxistas de la Europa central y del este tuvieron que reevaluar esta posición, reconociendo tres tipos de nacionalismos: el imperialista (grandes potencias capitalistas); el progresista (comunidades capacitadas para la transformación en estados-nacionales); y el reaccionario (naciones sin historia) (p21). La teoría liberal, por su parte, distinguió dos tipos: el occidental, de carácter positivo que dio paso a la formación de los estados-nacionales de Europa occidental; y el etno-cultural, peligroso, que desarrolló posturas xenofóbicas, puesto que consideraba al estado como un ente homogéneo. Éste se desarrolló en Europa del este y en la periferia mundial a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

Por último, desde mediados del siglo XX se ha pretendido ver una sola expresión del concepto, ligándolo específicamente al romanticismo alemán y se lo define como un discurso culturalista. Desde esta óptica es visto como un etnonacionalismo, que define los límites entre los estados a base de criterios lingüísticos. Los defensores de esta tesis sostienen que su culminación fue la barbarie racista y advierten que la misma pende, como espada de Damocles, sobre las cabezas de la humanidad. Critican por ello al nacionalismo anticolonial, tildándolo de fanatismo antimoderno (p22-23). Concluye Rodríguez que no todos los estudiosos del tema lo han rechazado; por el contrario, lo consideran un discurso que todavía no ha sido agotado y puede funcionar como herramienta útil en el mundo periférico. “Para algunos investigadores liberales, el nacionalismo, en su versión política, sigue siendo una ideología moderna que levanta la auto estima del subalterno, crea lazos de solidaridad social y da pasos al proceso

económico-político y cultural que se necesita para cumplir con los requisitos que harán posible transformar sociedades tradicionales en modernas (p23).

Rodríguez lanza la pregunta “¿a qué está condenado el analista del nacionalismo anticolonial?” Las opciones son dos, según el autor: la “aparentemente liberal y universalista”, “profundamente conservadora en el plano político”, que lo considera como un anatema, un peligro; un “ángel maldito”. Para el autor la otra opción sería la liberal o marxista, la cual es más benévola.

Rodríguez destaca nuevamente que la discusión sobre el nacionalismo no ha concluido. Los estudios recientes se alejan de las interpretaciones liberal, marxista y conservadora, y han estado superando “tanto el marco enjuiciador que obsesionaba a defensores y detractores, como el euro centrismo” (p25). Estos “nuevos enfoques han comenzado a pensar el campo discursivo nacionalista como un fenómeno complejo que requiere ser analizado críticamente para poder comprender sus múltiples estrategias discursivas, sus posibles consecuencias políticas y su hibridez ideológica” (p 25).

Las perspectivas teóricas manejadas por Rodríguez en este libro coinciden con estas últimas tendencias. El esfuerzo del autor está dirigido a “genealogizar” el discurso colonial; en otras palabras, “lo que se pretende... es resaltar, tras su coherencia, sus paradojas políticas, epistemológicas y éticas, sin tratar de ofrecer un metarrelato sustitutivo que ofrezca las respuestas “verdaderas” a sus interrogantes” (p27). También, en estos nuevos enfoques la nación se considera como una fuerza deseante, que no puede ser reducida a un “simple reflejo discursivo de la dinámica económico-política de la modernidad” (p27). El discurso nacionalista anticolonial es, según estos nuevos enfoques, plural y polémico; es un campo heterogéneo, con dos vías; hacia el interior y hacia el

exterior, como ya habíamos afirmado. Como discurso moderno, muestra la tensión entre lo tradicional y lo moderno.

Rodríguez se sitúa en los planteamientos del teórico indio Partha Chatterjee, para quien el nacionalismo es “un pensamiento dinámico que atraviesa por tres fases o momentos ideológico-políticos: de arranque, de movimiento y de llegada”, lo cual permite ver su historicidad; se convierte en relatos que desarrollan “continuidades y diferencias significativas entre sí” (p 29).

Según Rodríguez, hay que separar en el discurso nacionalista dos áreas: la de su problemática y su temática (p 29); la primera afirma la identidad nacional como una invención que implica un debate político e intelectual contra la realidad colonial y el campo discursivo colonialista; la segunda, consiste del discurso social que justifica los reclamos de la primera, utilizando determinados principios epistemológicos y morales. Es a partir de estos planteamientos nuevos que el autor investiga las formas de “expresión y la dinámica de este discurso en Puerto Rico, entre las décadas del 1920-1940”, pues durante este tiempo la cuestión nacional fue el centro del debate intelectual y político. Para este propósito se concentra en las figuras de Antonio S. Pedreira, Pedro Albizu Campos y Luis Muñoz Marín, a la vez que los vincula con otras voces de la intelectualidad insular. Además nos muestra cómo éstos, como integrantes de una intelectualidad moderna letrada occidental, aspiran a ser los orientadores, dirigentes y aglutinadores de las masas (pueblos-naciones) incorporadas al escenario político por el liberalismo y la Ilustración. Dejaremos a juicio del lector los planteamientos sobre estos personajes, no sin señalar que el autor no enjuicia sus posicionamientos ideológicos, ni

pretende rectificar los aciertos o desaciertos de éstos, sino que permite que sea el propio discurso el que revele su pensamiento. No es un libro de apologías ni censuras.

Volvamos a las intimidades mencionadas al inicio de nuestra exposición, para destacar los méritos de esta obra. A nuestro juicio existen dos libros, que según Mercado pudieran ser tres, por lo cual, serían entonces cuatro. Las citas sobre las cuales se fundamenta el texto son en sí mismas otro texto, en el que el autor esboza las distintas tradiciones y posiciones que sobre el nacionalismo se han desarrollado en Europa, Hispanoamérica y en la periferia pos-colonial. Las citas y la bibliografía final no pueden ser pasadas por alto pues ellas nos indican claramente la labor de investigación erudita que sostiene el texto; como muestra, las citas dos, tres y la seis, dictan la pauta; y esto es sólo el principio. Sabemos plenamente que esas obras citadas no son un mero adorno o un ejercicio de narcisismo intelectual, sino una obsesión por no dejar fuera a nadie que haya reflexionado sobre el tema; no se ha quedado nadie, aunque en ocasiones, hubo que recordarle la famosa canción navideña del Gran Combo, que dice, “no hay cama pa’ tanta gente”. En este aspecto podríamos comparar a Rodríguez con una hormiga, no por su tamaño, claro está –aunque tal vez -, sino por su tenacidad, meticulosidad, laboriosidad y por su preocupación extrema para el detalle. De ahí que un tema complicado y profundo, lleno de matices, parezca tan simple. La simpleza expositiva, destacada en la Introducción, está fundamentada en el amplio conocimiento del tema, producto de una investigación que pudiera extenuar al lector más avezado. Me remito a los hechos. Este libro es una aportación incalculable, no sólo para la historiografía, la sociología, la política y los estudios de la realidad puertorriqueña, sino también para otras latitudes, pues el corpus teórico del texto lo sitúa al nivel de las obras fundamentales sobre ese

tema, asunto reconocido ya fuera de los límites insulares. Les invito a la lectura de una obra que no pasa juicio sobre las intenciones subjetivas de las personas estudiadas, sino que se concentra en plantear el debate al interior de la comunidad letrada y política del país, además de contextualizar el diálogo entre el subalterno y el “otro” imperial.